

Recuerdos de un Diplomático

Por Abelardo Campos

SUS años de embajador ante Charles de Gaulle nos cuenta ahora el ex embajador Enrique Bernstein, cuyo tercer tomo de recuerdos acaba de aparecer editado, como los dos anteriores, por Andrés Bello. Los años van del 65 al 70; incluyen "presentación de credenciales", "primeros contactos oficiales", "preparativos para la visita de Frei", "visita de Frei", "política interna de Francia", "elecciones presidenciales en Francia", "De Gaulle inicia su segunda presidencia", "política internacional de Francia" y otros capítulos, no menos calos, hasta entrar a dieciocho. En el último están la elección de Allende en Chile, la correspondiente renuncia del embajador Bernstein y por último su despedida de Francia.

No sólo por su contenido el volumen resulta interesante, sino porque el tema de la "literatura testimonial" se ha puesto últimamente más seductor que nunca. Y hasta el de la simple literatura. Aclaremos, eso sí, que al decir "literatura" pocos se refieren hoy en día al arte literario, ni se interesan para nada en él y hasta ni siquiera saben algo de él; literatura quiere decir aquí, miserablemente, "cosa escrita". Cualquiera cosa hecha de letras y que no sea una sopa... es literatura, y "testimonio" si se refiere al mismo que la ha hecho.

El nombre es nuevo, y eso es lo que llena de excitación a algunas personas imprudentes, pero la cosa, en sí, es harito vieja. Veterotestamentaria, incluso.

¿Puede alguien suponer que en alguna época el hombre tuvo un ego menos monumental que en ésta? ¿Se puede pensar que en otros tiempos, remotos, el hombre no hablaba de sí mismo tan desembozadamente —o solapadamente, o por interposición persona—, como hoy? La verdad es que sí, digámoslo con descañonamiento, hay gente que piensa eso, y lo escribe y hasta lo publica; pero las pruebas a que puede acudir cualquiera revelan, en cambio, que estamos ante un género más antiguo que cualquiera otro.

El ex embajador Bernstein había relatado en los dos volúmenes anteriores —"Haciendo camino" y "El honor

Enrique Bernstein Carabantes

Recuerdos de un Diplomático

EMBAJADOR ANTE DE GAULLE

1965-1970

VOLUMEN I

de representar a Chile"— su desempeño en los escalafones interiores del Servicio Exterior. Aquí lo vemos en la cúspide de su carrera, a la cual tan pocos llegan: la embajada en una capital como no hay dos, en este caso, París. Ya se advirtió en un comentario al primer tomo señalado, que la pluma del autor no va en pos del ruido ni menos del escándalo ni de las anécdotas baratas, puesto que más allá de las que haya podido presenciar y aún protagonizar, se percibe en el fondo de sus memorias el ánimo de prestar un último servicio a la diplomacia chilena, cual es el de legar en una obra el cúmulo de sus vastas experiencias.

El memorialista, en general, no es hombre que ignore lo limitado de su visión: salvo que fuera el testigo único de un acontecimiento, sabe que su testimonio será confrontado con otros, y ello lo obliga a un mínimo de objetividad. También es cierto que nadie se resigna a escribir su propia autobiografía para difamarse y quedar mal, y esto suele conducir a un embellecimiento de la realidad. Descartados los casos de los grandes cínicos —que no son ni mu-

chos ni muy grandes—, los libros de memorias tienden a dejar el pasado de sus autores —pasados confusos como la vida misma— sometidos a un orden que los perfecciona y dé sentido. Una de las razones más profundas que puede tener una persona para dedicarse a escribir su vida es justamente el reducir a un orden y a un sentido o para cerciorarse de que no los tiene. Eso hace Sócrates al hablar de sí mismo, y también Job, que se interroga, y a Dios, sobre su destino, y lo hacen San Agustín y el duque de Saint-Simon...

En el caso que nos ocupa, estamos no ante un testimonio parcial, relativo a una materia determinada, sino frente al recuento de una vida, precisamente. De una vida diplomática larga que ha sido colmada por los honores y las responsabilidades. No es momento de perder tiempo en pequeñeces, no es hora de jugar con las posibilidades de la posteridad. Y a medida que avanza la narración a lo largo no sólo de este tercer tomo, sino de los precedentes también, va descubriéndose, entre otras muchas cosas menores respecto de ésta, que el sentido de la vida del autor ha sido el servicio al país hasta un grado que sólo puede calificarse de plenamente exitoso.

Muestra la objetividad de Bernstein el hecho de que cuente la respuesta que le dio a De Gaulle cuando éste le preguntó quién creía él que ganaría las elecciones chilenas de 1970: tras unas embarazosas reticencias, el embajador respondió "yo creo que Tomić, señor Presidente"; se recordará que Tomić salió último. Y cuando De Gaulle le preguntó en qué difería de Frei este candidato, ya que eran del mismo partido, el embajador, ahora luego de una vacilación, respondió que uno era de origen suizo y otro yugoslavo... Es claro que si el memorialista se pasara de listo, como creen algunos que siempre hará, en este caso habría retocado la entrevista a su favor —aunque desde la perspectiva diplomática ésas han de ser respuestas memorables—. Pero seguramente tiene que ser muy difícil decidirse a alterar el pasado cuando se está costando la propia

vida, y Bernstein deja, permanentemente, la sensación de que los hechos que narra fueron como los narra, de acuerdo a la perspectiva en que a él le tocó vivirlas.

Por cierto que es la petite histoire la que más se beneficia con este tipo de libros. Aquí, donde emerge más alta que ninguna otra la figura de De Gaulle —con quien Bernstein se entrevistó más de una vez, tanto en la primera como en la segunda Presidencia del General—, leemos, por ejemplo, una anécdota que se le había inventado.

"De Gaulle, que era buen católico, había decidido confesar a un sacerdote su pecado principal: el orgullo. Severamente amonestado recibió como penitencia hacer un acto público de humildad. En signo de arrepentimiento, el General envió entonces una gran corona de flores al Corazón de Jesús, en la iglesia que se encuentra en Montmartre. La acompañó con una tarjeta que decía: "El Primero de los franceses, a la Segunda Persona de la Trinidad". Impuesto el confesor del gesto, visitó al Presidente y lo amonestó severamente, exigiendo un acto de real humildad. Al día siguiente llegó un ramo de flores, aún mayor, con otra tarjeta destinada, esta vez, al niño Dios. Decía, manuscrita: "Du Grand Charles su petit Jesus" (Gran Charles era el sobrenombre que le habían dado, por su estatura). Ya excedido, el confesor decidió visitar a De Gaulle y cambiarle una penitencia que parecía incapaz de cumplir por otra más fácil: debía hacer una peregrinación pública a Lourdes, donde la santísima Virgen se apareció a Bernardita. El General se inclinó respetuosamente y respondió: "Et bien, mon Père, je ferai un de ces jours une apparition à Lourdes."

Ahora sólo nos resta esperar con impaciencia el cuarto tomo de estos recuerdos: debería narrar la destacada parte que cupo al autor, como representante del actual Gobierno chileno, en la solución de nuestros problemas limítrofes con la Argentina, felizmente mediados por la Santa Sede.

Recuerdos de un diplomático [artículo] Abelardo Campos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Campos, Abelardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos de un diplomático [artículo] Abelardo Campos. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile